



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Terán, Oscar

Nacionalismos argentinos (1810-1930)



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Terán, O. (1994). *Nacionalismos argentinos (1810-1930)*. *Revista de ciencias sociales*, (1), 31-40. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1288>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Nacionalismos argentinos (1810-1930)

Oscar Terán*

"¿Qué es un país
me digo
qué es esta provincia torva
ladrada por los perros?"

Enrique Molina

1. El concepto de "nación" –profusamente utilizado en la literatura de las ciencias sociales– permanece empero como uno de los más indeterminados del vocabulario político, a pesar de intentos considerables por acotarlo teóricamente, inclusive en el seno de diversas tradiciones ideológicas que nutren una bibliografía en ciertos aspectos ya clásica. Pero si este fenómeno es reconocible en escala planetaria, no es menos cierto que toda la reflexión sobre el problema de la nación se ha estrellado una y otra vez contra la imposibilidad de elaborar una teoría general que incluya los diversos desarrollos nacionales, y las tipologías propuestas concluyen en general por contener un alto componente casuístico.

En los últimos años se asistió a un debilitamiento del carácter explicativo de categorías de sesgo economicista que identificaban la construcción de una nación fundamentalmente con el espacio diseñado por las relaciones productivas y de intercambio; y al corregirse esta versión reduccionista se pudo atender a los aspectos políticos implícitos en el fenómeno nacional, lo cual significó aceptar como evidente la intervención del estado en su diagramación. Más recientemente, los replanteamientos en torno del tema de la modernidad –en buena medida promovidos por la emergencia del llamado posmodernismo– y la atención prestada a la capacidad de constitución de lo real a partir de lo simbólico posibilitaron nuevas reflexiones con relación a una cuestión que seguirá siendo polemizable. La noción de "imaginario social" resulta útil en este contexto, dado que al remarcar la inexistencia de una esencia natural de la vida colectiva destaca la trama de significaciones que

* Profesor titular en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA; Investigador del CONICET y del Centro de Estudios e Investigaciones (CEI), Universidad Nacional de Quilmes.

construyen las diversas identidades y formas de sociabilidad, de las cuales la nacional es absolutamente relevante en la modernidad incluso como forma de legitimación. La invención de una nación, entonces, requiere no sólo dar cuenta de los aspectos territoriales, étnicos, lingüísticos o económicos; también debe inscribirse dentro del formidable proceso de laicización y de intensa movilidad que caracteriza a los tiempos modernos, para comprender que en una situación semejante las identificaciones de los hombres y mujeres se dirigen hacia las propias culturas como depositarias y representantes terrenales de los dioses de los que el cielo ha sido súbitamente vaciado. Esto es lo mismo que decir que se deben abandonar las connotaciones románticas contenidas en la definición de nación según la tradición herderiana.¹ Esto significa que será preciso recusar la idea de que la nación es la expresión de una esencia anterior a su plena constitución, contenida virtualmente en una nacionalidad preexistente. Puede decirse, por el contrario, que concebir de esa manera a dicha entidad no es más que una de las modalidades en que es pensada la nación desde cierta ideología nacionalista, que imagina a aquélla como un colectivo social unido por un vínculo natural que conforma la base necesaria para que el poder político asuma la forma del estado nacional.

Esta visión ha recibido diversas objeciones que la impugnan severamente. En primer lugar, que aquellos elementos presuntamente definitorios de la nacionalidad suelen lucir como condiciones insuficientes, así como que las naciones realmente existentes distan de ajustarse inexorablemente a esa tipología. Pueden observarse así naciones con pluralidad étnica, lingüística o religiosa, y sin ir más lejos una región como Latinoamérica revela que el principio de organización bajo diversas formas nacionales pudo imponerse sobre la base de estructuras poblacionales con rasgos lingüísticos, históricos y culturales relativamente homogéneos. En segundo lugar, y como ha argumentado Gellner, el pasaje espontáneo de la nacionalidad a la nación es un caso infrecuente, por la simple circunstancia de que existen muchas más nacionalidades que naciones; esto es, que la realidad nos muestra un número más que

¹ Y que en rigor han sido sintetizadas por A. D. Smith en *Teorías del nacionalismo*: la humanidad está naturalmente dividida en naciones; cada una de ellas posee un carácter peculiar; la fuente de todo poder político es la nación en tanto colectividad total; la libertad y autorrealización de los individuos requieren su mediación; a su vez, las naciones sólo pueden devenir efectivamente reales en sus propios estados, y la lealtad hacia el estado-nación está por sobre las demás lealtades.

considerable de comunidades con rasgos culturales propios y diferenciados que no han devenido estados-naciones.²

Por fin, es igualmente verificable que estas entidades conforman una estructura político-institucional de carácter histórico en el sentido fuerte del término, en la medida en que dicha constitución tiene fechas precisas de invención y que, antes de ellas, los seres humanos construían su identidad colectiva sobre otras estructuras imaginarias. Por todo ello la estructuración de la forma nacional supuso un movimiento unificador para cuya implementación el papel del estado moderno es definitorio. La nación se convirtió así en la patria, y ésta en la nueva divinidad del hombre moderno tramitada en el interior de la Revolución Francesa y luego en la maquinaria ideológica del romanticismo. Como ha escrito Hobsbawm, "el contraste entre el cambio constante e innovador del mundo moderno y el intento de estructurar al menos algunas partes de la vida social dentro de ella como invariables o inmutables, es lo que hace que la 'invención de la tradición' haya sido un tema de gran interés para los historiadores de los dos últimos siglos".³ Dentro de este complejo movimiento, las naciones tendieron a crearse una tradición sobre la cual apoyar la legitimidad de su existencia y a dotarse de la simbología a través de la cual componer un arco de solidaridades.

2. En el caso argentino, al coincidir su surgimiento como país independiente con el imperio de la modernidad, era natural que la reflexión sobre la nación (en tanto instancia de legitimación sustitutiva de una religiosidad debilitada) habitara profusamente las intervenciones político-intelectuales desde 1810 en adelante. Dicha reflexión solió adoptar la forma ensayística. Género clásicamente impreciso y de mezcla, donde la lógica del razonamiento se imbrica y se refuerza metonímicamente con el estilo de la escritura, el ensayo resultó así la forma fundamental que la cultura latinoamericana utilizó para reflexionarse a sí misma, para plantearse sus estupores y alucinar también algunas de sus siempre tan tenaces como amenazadas esperanzas. Como en otras partes, "la cuestión de la nación" fue tramitada en obvia relación con la organización del estado y la consolidación de grupos de poder económico y político. Aquí me interesa describir sintéticamente las representaciones intelectuales de la nación entre 1810 y 1930, dando por supuesta la efi-

² Véase E. Gellner, *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza, 1987, *passim*.

³ En E. Hobsbawm y Terence Ranger (comps.), *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press.

cacia simbólica de dichas representaciones sobre estratos sociales más amplios que los meramente intelectuales. Puede así proponerse una periodización del ensayo nacional que en aquel lapso abarcaría esquemáticamente los siguientes momentos:

1. La reflexión ilustrada y jacobina entre 1810 y 1830.
2. El ensayo romántico de la llamada Generación del 37.
3. El nacionalismo positivista entre 1880 y 1910.
4. El ensayo nacionalista espiritualista del Centenario.
5. El ensayo intuicionista-ontológico de la década de 1930 en sus versiones liberales y nacional-populistas.

En un recorrido necesariamente veloz en torno del entramado discursivo desde entonces tejido, los *Escritos* de Mariano Moreno nos ofrecen un punto de partida revelador de una sospecha: numerosas marcas en esa escritura cada vez más presurosa nos indican tras de sí la presencia de un individuo a quien le ha ocurrido una revolución a la que afanosamente intenta legitimar mediante el archivo de que dispone, que no es otro que el de la Ilustración y, tenuemente primero y con mayor vigor a medida que su posición en el poder se halla más amenazada, la del jacobinismo roussoniano. Qué sea la nación es en esos textos no fácilmente discernible, aun cuando esa figura se constituya en uno de los fundamentos crecientes en torno de los cuales organizar un sentido luego de la ruptura de hecho del vínculo colonial. Se trataba, en suma, de replicar la versión radical-democrática, para la cual la nación se identifica con el conjunto de ciudadanos cuya soberanía colectiva está en la base del estado, y de tal modo representa el interés común frente a los intereses particulares y el privilegio.

Luego, será la llamada Generación del 37 la que, dentro de una expresa voluntad de romanticismo, se encarnizará con el dilema de definir una nacionalidad. Una de las cuestiones que a dicha generación se le plantearon en este emprendimiento es la que puede formularse en estos términos: cómo es posible pensarse a partir de una tradición que no es la propia. Esta pregunta recorre la querrela lingüística de Juan María Gutiérrez, y junto con *La cautiva* de Echeverría dan la tónica de las limitaciones aun de aquellos que en función de su romanticismo querían abreviar en una tradición autóctona.

Pero quienes propusieron un modelo de nacionalización de más vastos alcances, una vez pasados los estupores de la ruptura revoluciona-

ria, fueron Sarmiento y Alberdi. Este último, desde su temprana obra *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, de 1837, había comenzado demandando una conciencia propia que, coagulada en una filosofía nacional, conquistara la independencia espiritual. Cuando escribe esto, gobierna Rosas, y el intelectual aún presente que será posible contar con su poder para introducir ese principio de razón en el seno del instinto de las masas rurales. Descreído de este proyecto, y luego de una fugaz ilusión en la espada pronto derrotada de Lavalle, Alberdi observa la propia realidad de su país como un desierto en donde no es posible hallar sujetos republicanos para fundar una nación moderna. Si el espacio de la ciudadanía está tan vacío como la pampa, entonces se propone, mediante su teoría del trasplante, introducir costumbres modernas mediante la importación de sujetos provenientes de Europa: el proyecto de la inmigración masiva alcanza así una formulación no sólo demográfica sino asimismo civilizatoria. En 1845 dirá: "Cada europeo que viene nos trae más civilización en sus hábitos, que luego comunica en estos países, que el mejor libro de filosofía [...] El más instructivo catecismo es un hombre laborioso. ¿Queremos plantar en América la libertad inglesa, la cultura francesa? Traigamos pedazos vivos de ellas en los hábitos de sus habitantes".

Era así imaginable lo que denominará la república posible, esto es, esa república que Halperin Donghi ha visualizado como escasamente republicana, en la cual los habitantes gozarían de ilimitadas libertades en el ámbito de la sociedad civil pero tendrían claramente bloqueado su acceso a la ciudadanía política. Mientras tanto, sobre esas masas aún minorizadas políticamente imperaría un tutelaje ejercido por las élites del poder hasta que la barbarie se rindiera ante la educación por las cosas y se tornara posible el acceso a la república real.

Sarmiento compartirá también este ideal de país moderno, pero con una elaboración más compleja. Primero, observa con estupor un dato fundacional: cuando los norteamericanos rompían con Gran Bretaña, dice, tenían tradiciones propias en las cuales apoyarse. En el Río de la Plata, en cambio, "debíamos volver los ojos a todas partes buscando con qué llenar el vacío que debían dejar la Inquisición destruida, el poder absoluto vencido, la exclusión religiosa ensanchada". Y ese vacío es el que es necesario colmar con nuevos valores para garantizar la gobernabilidad que ese mismo desierto torna imposible. "Imaginaos -escribe en *Facundo*- una extensión de 2000 leguas cuadradas cubierta toda de población, pero colocadas las habitaciones a cuatro leguas de distancia unas de otras [...] La sociedad ha desaparecido completamente:

queda sólo la familia feudal, aislada, reconcentrada; y no habiendo sociedad reunida, toda clase de gobierno se hace imposible".

Pero si Alberdi había pensado en aquel etapismo que conduciría desde la república posible a la real a través de una economía del interés que modelara una sociedad diversa, para Sarmiento se trataba de recuperar un legado que se hundía en un pasado mucho más clásico y que –como ha puesto de relieve Natalio Botana– lo conectaba con la república de la virtud. Su viaje por los Estados Unidos de América lo puso así frente a una sociedad cuya pasión igualitaria lo seducía pero que le planteaba otra vez la paradoja tocquevilliana de conciliar la libertad con la igualdad. De allí que si la inmigración era un presupuesto de la construcción de la nación argentina, esos extranjeros debían operar el pasaje desde la ética del interés al patriotismo de la virtud, que es el único capaz de constituir a los sujetos en ciudadanos. Para este fin no es posible apostar al espontaneísmo de las cosas, sino que el estado debe cumplir un papel relevante mediante la educación pública. Se proseguía con ello el programa pedagógico montado por la Ilustración y que de allí en más será implementado por el estado-nación, según una finalidad que prontamente definió Napoleón: "En el establecimiento de un organismo de enseñanza, mi principal objetivo es contar con un medio de dirigir las opiniones políticas y morales; pues mientras no enseñemos al pueblo desde la infancia si han de ser republicanos o monárquicos, católicos o librepensadores, el estado no constituirá una nación".⁴ He aquí pues un modelo de nacionalismo en donde la república opera como un dispositivo de gobierno que constituye ciudadanos y nacionaliza a las masas.

Cuando estos padres fundadores hayan muerto y sobre muchos de sus lineamientos la nación argentina parezca consolidada en torno de este nacionalismo imitativo, nuevos problemas iban a surgir en el seno de una sociedad en proceso de acelerada modernización. Desde allí la élite tuvo que responder al problema planteado por la inmigración, así como a las nuevas ideologías contestatarias (socialismo y especialmente anarquismo) en el marco de la "cuestión social", y al de la ampliación del espacio ciudadano reclamado por quienes confusamente comenzaban a alinearse en el naciente partido radical.

Esta problemática dominará la polémica simbólica entre 1890 y el Centenario, cuando alcanza un momento de significativa condensación

⁴ Citado por R. Nisbet. *La formación del pensamiento sociológico*. Buenos Aires, Amorrortu, 1977, p. 59.

ideológica que perduraría hasta la gran crisis de 1930. Puede decirse por ende con fundamento que entonces se produce una "disputa por la nación" entroncada en la polémica por definir y/o redefinir un modelo de nacionalización para las masas y una nueva identidad nacional. Como en otras circunstancias, también aquí el papel de los intelectuales va a resultar relevante, dentro de un campo profesional progresivamente complejizado.

En principio, junto con la confianza promovida por la expansión económica, la expectativa en una movilidad social ascendente y una modernización cultural impulsada desde el estado, emergerán las voces de protesta que, sobre todo a partir de la crisis financiera de 1890, impugnarán el carácter "materialista" que habría adoptado el mencionado proceso de modernización. El *crac* financiero de aquel año va a ser de ese modo leído a través de una retícula moralista, compartida tanto por católicos y radicales como también por los socialistas, inaugurando una crisis de legitimidad en la élite gobernante, prontamente fusionada con el clima *fin-de-siècle* espiritualista. Como se verá, las críticas por primera vez no se dirigen hacia la incompletitud del proceso modernizador, sino que por el contrario apuntan a los frutos amargos de ese mismo proceso, aunque siempre en el interior de un cuestionamiento fundamentalmente correctivo y jamás integral. Se trataba de una crisis de legitimidad fusionada con o transferida hacia una crisis de identidad que tempranamente habían enunciado algunos miembros de la generación del 80, como Lucio V. Mansilla cuando en sus memorias confesaba "una pretensión, modesta pretensión, que confío será coronada de algún éxito. Consiste en ayudar a que no perezca del todo la tradición nacional...".

Para solventar esta demanda planteada desde el estado pero también desde la sociedad (como lo demostró el trabajo de Adolfo Prieto sobre el criollismo) se ofrecieron desde el campo intelectual dos grandes bloques de propuestas de construcción de imaginarios nacionales: la positivista, apoyada en una convicción organicista e institucional, y la espiritualista, cimentada en el operativo criollista. La primera apuesta al laicismo y al futuro, y la otra a un pasado "mitopoiético" que en algunas ocasiones aún escasas no rehúye tomar préstamos de la tradición española. El primero de ellos postulará así una nacionalización imitativa, fuertemente institucionalizada y que -como en José Ingenieros- confía en una relación de transparencia entre economía y política que condujera a la cristalización de clases sociales que tendrían su propia representación política puntualmente correspondiente.

Otro positivista como José María Ramos Mejía traducirá las inquietudes básicas motivadas por el problema de la gobernabilidad de una sociedad que justamente ha sido definida como "aluvial". En el centro de estas preocupaciones, la figura de la multitud urbana adquirirá relieves dominantes, desplazando la obsesión hasta entonces colocada en el ahora normalizado mundo rural. En el entrecruzamiento de un discurso biologista y de una concepción organicista de la sociedad, la propuesta positivista interpretará la crisis social como enfermedad, y la resolución de la misma dibujará toda una terapéutica en donde las teorizaciones de la psicología de las masas de Le Bon alternarán coherentemente con el clima sociodarwinista de fines del siglo pasado. No obstante, estas propuestas tantas veces impiadosas reservarán un espacio legítimo para la incorporación del inmigrante, generalmente colocado en la moral del productivismo y en los efectos disciplinantes de la educación primaria. Nuevamente en Ingenieros, la nación aparecerá así como un dispositivo de reformas integradoras y diferenciaciones segregacionistas, articulado por las minorías del talento y de cara a una exclusión definida por la improductividad del delirio, el delito y la violencia política. Sin duda, esta superposición del positivismo en el campo liberal no podía sino producir notorias tensiones con este último ideario, tanto por el papel asignado por el positivismo a las fuerzas no conscientes, cuanto por la tendencia científicista a afirmar un determinismo difícilmente conciliable con las raíces mismas de la construcción del sujeto liberal.

Para el Centenario, al cruzarse estas consignas nacionalizadoras con el clima arielista finisecular, esta identidad colectiva comenzará a ser entendida de otra manera y elaborada desde otras matrices, en el interior de una empresa espiritualizadora. En todos estos intentos, surgió como característica fundamental una suerte de nacionalismo romántico anacrónico pero exitoso, que ahora inventará una tradición destinada a proponer un modelo de argentinidad que diera respuesta a las supuestas amenazas de disolución del ser nacional. Entonces se consumará la entronización del gaucho como prototipo de la nacionalidad, y será en las célebres conferencias del Odeón, de 1913, donde Leopoldo Lugones instaurará un módulo de larga duración en la definición de la nacionalidad. Que para ello apele a toda la parafernalia de que disponía su prosa, y a la arbitrariedad de etimologías de dudosa verosimilitud, o a la conexión del argentino con un linaje que se hunde en la antigüedad clásica, no obstan para sorprenderse aún hoy del modo como este dispositivo se despliega con una serie de afirmaciones

que se van reforzando entre sí no sólo por el prestigio de quien las emite; también por la aplicación de pasajes estéticos que transfieren verosimilitud al texto. Como resultado final en el orden del contenido, la propuesta lugoniana no duda de que el *Martín Fierro* es el poema nacional fundante de una épica argentina, y al erigir a dicha obra en un sitio que antes muy pocos habían decidido tomarse en serio, se consumaba el intento destinado a postular un modelo de nacionalidad basado en valores pero también en tradiciones locales.

Ya en 1910 *El diario de Gabriel Quiroga*, de Manuel Gálvez, había cimentado todo un archivo ideológico en el que desde entonces se reconocerá el tradicionalismo católico y reaccionario, con sus temas xenófobos y antisemitas que no excluyeron la alabanza de "las violencias realizadas por los estudiantes incendiando las imprentas anarquistas, mientras echaban a vuelo las notas del himno patrio", puesto que para Gálvez ello garantiza el renacer de sentimientos nacionales y de entusiasmos dormidos. En una línea no dispuesta a aceptar estos reclamos autoritarios (aunque no oculte su deseo de limitar la libertad de enseñanza para evitar casos como el de esa escuela judía de Carlos Caesares...) también Ricardo Rojas propugnará una defensa de la nacionalidad amenazada por la presencia extranjera, imponiéndose en la *Historia de la literatura argentina* "la enorme tarea de estudiar nuestra pasada evolución literaria" con el objetivo de hallar un hilo de sentido que sea la palmaria demostración de "la existencia de un alma nacional".⁵

Antes, Joaquín V. González, el miembro talvez más conspicuo del reformismo liberal progresista, había construido en *La tradición nacional* (1888) igualmente una familia que conectaba al argentino con el gaucho y aun (ante la airada protesta de Mitre) con el pasado indígena. Es altamente sintomático que treinta años después, al contemplar con escepticismo los logros dudosos de la experiencia de reformas políticas que han derivado en la consecuencia ni prevista ni deseada por la élite del triunfo yrigoyenista, el mismo González retorne al tema de la nacionalización de las masas como una de las claves no resueltas para la implantación de un orden republicano en el país. Tan sintomático como que regrese para ello a un pasado que ya había considerado parte valedera de la tradición americana (las civilizaciones azteca, maya, quechua), pero que ahora observa como un mundo enterrado al "que la ferocidad civilizadora de la Europa no pudo demoler, pulverizar ni sepul-

⁵ Ricardo Rojas, *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Editorial Kraft, 1957, "Los Gauchescos", p. 65.

tar en el olvido eterno". De tal manera, aquello que los fundadores del liberalismo argentino buscaban en el futuro con Europa como faro y en la utopía del trasplante inmigratorio o de *Argirópolis*, súbitamente el autor de *Mis montañas* aparece demandándolo a una etapa premoderna.

De allí en más, y tal vez asordinaada por el clima optimista del ascenso social en la década de 1920, la "cuestión nacional" no abandonará las preocupaciones de los intelectuales, como la prosa intensamente criollista del primer Borges bastaría para testimoniar. No obstante, será al calor del *crac* de 1930 (que de económico se transformará en civilizatorio) como la crisis volverá a ser transferida a un problema de identidad nacional.

Cuando esa crisis arrastre tenaces ilusiones argentinas, Martínez Estrada entre otros mutará su palabra poética por la ensayística, para encarnizarse otra vez con los males de un país cuyos enigmas vuelven a aflorar como capas geológicas después de cada terremoto. Si existe un nexo entre la noción de inconsciente y la de tiempo como repetición, entonces la temporalidad entre circular e irrepresentable de *Radiografía de la pampa* evoca freudianamente lo siniestro en tanto enuncia el retorno de lo reprimido.⁶ El título de un capítulo de este libro es elocuente: se llama "Hacia el revés del tiempo" y allí se relata cómo en el primer viaje de Europa a América "cada día de navegación las carabelas desandaron cien años. El viaje se había hecho a través de las edades, retrocediendo de la época de la brújula y la imprenta a la de la piedra tallada"...

Sacudida por la pérdida de un mundo en el que se había creído razonablemente bien instalada, la nación argentina y sus representaciones intelectuales ingresaban así en nuevas reflexiones para dotar de sentido a una historia que había extraviado los faros de su destino. ♦

⁶ Estas ideas están tomadas de Franco Rella, *El silencio y las palabras*, Barcelona, Paidós, 1991, pp. 77, 126 y 127.